

"Un lustro de desacuerdos: La legitimación del Proceso de Reorganización Nacional y la construcción de la Amenaza en el discurso militar (1976-1981) ".

Canelo, Paula Vera.

Cita:

Canelo, Paula Vera (2000). *"Un lustro de desacuerdos: La legitimación del Proceso de Reorganización Nacional y la construcción de la Amenaza en el discurso militar (1976-1981) "*. IV Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-033/35>

**UN LUSTRO DE DESACUERDOS:
LA LEGITIMACIÓN DEL PROCESO DE REORGANIZACIÓN NACIONAL
Y LA CONSTRUCCIÓN DE LA AMENAZA EN EL DISCURSO MILITAR (1976-1981)¹**

Lic. Paula Vera Canelo
CONICET-UBA
pvcanelo@yahoo.com

El objetivo de la presente ponencia es reflexionar alrededor de un “caso” particular de constitución de identidades políticas y de discurso político: nos referimos al Proceso de Reorganización Nacional (PRN) (1976-1983), el último de los regímenes militares que se sucedieron en Argentina. Nos proponemos articular algunos esbozos relativos a la especificidad de este régimen como fenómeno político-discursivo, y en particular, al proceso de constitución de identidades políticas que lo caracterizó y lo diferenció de todas las demás experiencias autoritarias acontecidas en nuestro país, rastreando las principales modalidades de construcción de la amenaza y de la creencia que ensayó este régimen. La premisa básica que guía esta reflexión es que durante el PRN la definición del “enemigo subversivo” como amenaza extendida a todos y cada uno de los ámbitos de la vida social constituyó el principal recurso de cohesión de la identidad militar en un contexto de importantes diferencias ideológicas al interior de la corporación, planteadas sobre todo alrededor de la política económica de Martínez de Hoz y del llamado “diálogo político”. Intentaremos asimismo establecer una suerte de periodización a partir de los principales criterios de legitimación que fueron planteados por el régimen entre 1976 y 1981. Para ello, hemos relevado los mensajes emitidos durante ese período por los Comandantes en Jefe de cada una de las tres Fuerzas Armadas (FFAA) -Ejército, Armada y Fuerza Aérea-, integrantes de la Junta Militar, durante la Cena de Camaradería de las FFAA. Nuestra fuente principal ha sido el diario La Nación, que durante ese período publicó los textos íntegros de estos discursos².

LA AMENAZA

Mouffe (1999), siguiendo a E. Laclau, afirma que la condición de existencia de una identidad es la afirmación de una diferencia, de un “exterior constitutivo”, de un “otro” exterior, en contraposición con el cual se construye y afirma la propia identidad. Esta relación “nosotros”/“ellos”, define la naturaleza de la relación política: la polémica y el conflicto. Todo discurso, especialmente los discursos políticos,

¹ La presente ponencia presenta algunos resultados alcanzados en el marco de un proyecto de investigación que la autora lleva adelante gracias a una Beca de Formación de Posgrado otorgada por el CONICET, bajo la dirección del Dr. Alfredo Pucciarelli. El lugar de trabajo donde se desarrolla dicho proyecto es el Área de Sociología Histórica del Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, UBA.

² Si bien el período propuesto inicialmente ha sido el comprendido por los años 1976 y 1981, en esta ponencia se presenta el análisis de los discursos correspondientes al período 1976-1979, por razones de espacio. Cabe señalar que el discurso correspondiente a 1979 es un buen ejemplo de los principales rasgos que caracterizan a aquéllos de 1980 y 1981.

articulan el campo político en torno a una relación de oposición: el campo discursivo de lo político implica enfrentamiento, relación con un enemigo, lucha entre enunciadores. Siguiendo a Verón (1987), puede afirmarse que todo discurso político está habilitado por un “otro negativo”. El lugar del enunciador no se define entonces solamente por la autorreferencia, sino sobre todo por ese “otro” que instaure ante sí, atribuyéndole determinadas competencias, saberes, expectativas, y hacia el cual se orientan las estrategias del discurso. Esta dimensión política de la identidad encuentra su conceptualización más radical en Schmitt (1984), quien sostiene que la específica distinción política es aquella que refiere a la relación “amigo/enemigo”, que indica el grado más extremo de intensidad de una unión o una separación. El enemigo schmittiano, el verdadero enemigo, es sólo el enemigo público, el *hostis*, aquello que no se es, que es diferente y a la vez del mismo tipo, por lo que se lo percibe como un obstáculo o una resistencia para los objetivos del propio colectivo y, por consiguiente, en lucha contra éste y constituyéndolo a la vez. Enemigo no es el adversario privado o personal, sino aquel que es combatido real o virtualmente por un cierto grupo de hombres que lo percibe como del mismo tipo pero opuesto. Si entendemos junto a Schmitt que lo político no designa un “área particular” sino un grado de intensidad de una unión o desunión de hombres, podemos afirmar que existirían diversos grados de antagonismo o enfrentamiento: el enfrentamiento nosotros/ellos puede transformarse en una relación entre adversarios políticos, definida por Mouffe como una relación con otro al cual se le reconoce legítima existencia y hacia el cual debe profesarse un sentimiento de tolerancia; o bien puede generar una versión más radical, caracterizada como de amigo/enemigo en los términos schmittianos. Esto acontece cuando se comienza a percibir al otro como negación de la propia identidad y como amenaza a la existencia del propio colectivo de identificación.

La definición de un enemigo de peligrosidad inmediata o potencial fue una constante en la justificación de los golpes militares argentinos, o bien en la creciente injerencia de las legiones militares en las cuestiones políticas. Lo que ha presentado contenidos de naturaleza muy diversa es el contenido de esa definición. Según Sidicaro (1985), la Revolución Libertadora (1955-1958) consideró que su tarea principal era defender la democracia, “amenazada” por el “enemigo peronista”, y buscó el apoyo de gremialistas comunistas para contrarrestar la influencia de aquéllos dentro de las organizaciones gremiales. La estrategia de estrecha tutela con la que las FFAA sometieron al gobierno constitucional de Frondizi (1958-1962) era justificada por la presencia de la “amenaza peronista” combinada con el “comunismo” y la “izquierda sindical y universitaria”. Estas razones también gravitaron en la relación que se estableció entre el gobierno de Illia (1963-1966) y las FFAA. Durante la primera etapa de la Revolución Argentina (1966-1973), el “comunismo” fue designado como el principal enemigo explícito, buscándose la colaboración inicial de los dirigentes obreros peronistas. Pero cuando, a partir del cierre de los canales de expresión política, se comenzaron a gestar las condiciones para el estallido de revueltas urbanas y, sobre todo a partir del surgimiento de las organizaciones guerrilleras peronistas

y de izquierda, la definición de la “amenaza” se amplió y la inminencia del “caos social” entendido en sentido amplio fue el peligro principal. Frente a esta situación, los militares aceptaron que el peronismo volviese al control del Estado, entendido como un precio menor a pagar. La experiencia camporista (1973) demostró que ese precio no era menor: la “amenaza” creció a niveles nunca antes experimentados y el “enemigo” se propagó a todos y cada uno de los ámbitos de la vida social.

A partir del golpe de estado de 1976, las FFAA pusieron su capacidad coactiva al servicio de la interrupción de procesos que fueron vividos por numerosos sectores sociales como una profunda crisis. Según De Ipola y De Riz (1982), las FFAA poseían un diagnóstico particular sobre la crisis argentina y una concepción de la vía para solucionarla. Su diagnóstico hallaba los ejes centrales de la crisis en el nivel de las relaciones establecidas entre la sociedad y el Estado populista desde los años ‘40, más específicamente en la doble relación asimétrica y “patológica” por la cual, por una parte, el Estado intervenía abiertamente en la sociedad vía políticas económicas, asistenciales, de bienestar social, etc., y, por otra, la sociedad civil gravitaba sobre el Estado obstaculizando su gestión y desafiando su autoridad. Del exceso de poder adquirido por las organizaciones de representación de intereses de la sociedad civil (los partidos políticos y, en especial, las corporaciones sindicales), con la consecuente sobreabundancia de demandas y de conflictos que se producían alrededor de esas demandas, provenía la sobrecarga de tareas que el Estado debía asumir, y la desmedida complejidad y magnitud de sus aparatos burocráticos, así como su inevitable intervención en todas las esferas de la vida social. Sin embargo, ese Estado sobredimensionado no era un Estado fuerte, al contrario, su carácter excesivo era el síntoma de su debilidad, función de la complejidad y multiplicidad de demandas que debía atender. El proyecto del régimen consagraba como blanco principal al Estado populista y, fundamentalmente, a la forma particular de constitución de sujetos y actores sociales y políticos ligados a él, que privilegiaba la acción política y el referente estatal. La utopía a la que aspiraban los militares era la supresión de la política o, al menos, la constitución de un régimen político de participación restringida, una “nueva democracia”, donde el circuito de la decisión pasara exclusivamente por nuevas élites políticas, reservándose a la sociedad civil un consenso pasivo. El Estado militar definió la naturaleza del enemigo interno como de “delincuente subversivo”, resolvió el estado de guerra interno y aplicó un plan sistemático de exterminio selectivo al conjunto del cuerpo social. En términos de Schmitt, la “guerra sucia” o “lucha contra la subversión” se desarrolló bajo la forma de “última guerra final de la humanidad” que, superando lo político, buscó no sólo derrotar al enemigo, sino también destruirlo o “aniquilarlo”, luego de haberlo despojado de su condición humana y moral³. Según Arditi (1995), una situación de este tipo, en la cual los bandos se definen como identidades que se resuelven sólo en

³ Schmitt, pág. 33. En rigor, este enemigo “inhumano” y “absoluto” y esta “guerra de aniquilamiento” son distintos a los conceptos schmittianos de enemigo y guerra, y son conceptualizados por este autor como posibilidades de su esquema, característicos de las nuevas formas de la guerra.

oposición a un adversario único o total y en la que el antagonismo principal involucra a todos los sujetos presentes en el campo político, puede ser caracterizada como de “guerra total”.

LA CREENCIA

Siguiendo a Mouffe, sostendremos que es posible concebir a los agentes sociales como entidades constituidas por múltiples “posiciones de sujeto”, no fijadas en un sistema cerrado de diferencias. La identidad de tal agente múltiple y contradictorio es siempre contingente y precaria: no es posible hablar de una entidad unificada ni homogénea. Potash (1994) y Rouquié (1981) coinciden en señalar que en la definición de las actitudes político-ideológicas militares intervendrían múltiples variables: la pertenencia sociofamiliar (familia de origen, familia política y amistades), la formación profesional y la influencia de la institución que imprime una serie de valores comunes y un código de conducta personal (jerarquía, disciplina y orden), y las lealtades personales, orientadas según el azar de los destinos y los ascensos y nombramientos. Cada oficial manifestaría así distintos y contradictorios sentimientos de lealtad y pertenencia, por lo que la actitud política de los oficiales sería efectivamente la resultante de la combinación de múltiples “posiciones de sujeto”, y esta múltiple determinación nos permitiría explicar las oscilantes actitudes de los distintos actores militares al pronunciarse sobre distintos aspectos de la realidad y evitar la tentación de considerarlos identidades cerradas e impermeables.

No muchos autores han trabajado la particularidad de las actitudes políticas y de las diferencias ideológicas de los militares que ocuparon el poder en 1976. Éste es un aspecto generalmente tratado como un elemento marginal en el análisis de este régimen, desplazándose la atención hacia la política económica de M. de Hoz o hacia la brutalidad de los métodos empleados en la lucha antsubversiva y el terrorismo de Estado. Sin embargo, es posible identificar dos posturas principales al respecto. En primer lugar, ciertos autores (Rouquié, 1994; Sidicaro, 1996; Yannuzzi, 1996 y Sigal y Santi, 1985) destacan la presencia de relevantes diferencias ideológicas al interior de la corporación militar misma (“halcones” contra “palomas”, “duros” contra “moderados”, “corporativistas” contra “politicistas”, “nacionalistas” contra “liberales”, etc.), conflictos que se superponen a los tradicionales de las diferentes fuerzas y armas (Ejército contra Armada, caballería contra infantería, etc.). En segundo lugar, otro grupo de autores (O’Donnell, 1997 y G. Delgado, 1999) le atribuye un mayor peso a las contradicciones que surgen de la particular alianza social que ocupa el poder en 1976, estableciéndose una suerte de tensión ideológica entre, por un lado, unas FFAA alineadas detrás de una visión “organicista” de la sociedad, una ideología jerárquica, estamental y ultraliberal profundizada por la influencia de la “Doctrina de Seguridad Nacional” y, por otro, el discurso ultraliberal de la “derecha tecnocrática”. De esta manera, lejos de considerar a la corporación militar como un agente ideológicamente homogéneo, sostendremos

que la generación militar que llega al poder en 1976 eleva al seno mismo del Estado todas las contradicciones ideológico-políticas que han caracterizado desde su origen a la institución.

EL ESCENARIO

Sostendremos que durante el PRN las FFAA se encontraban divididas en torno al contenido y forma de implementación de los objetivos del régimen, básicamente a partir de diferencias ideológicas. La construcción del “enemigo subversivo” (entendida como construcción de un exterior constitutivo que afirme la propia identidad) y la lucha contra el mismo intentaron superar estas contradicciones, y se orientaron a producir un efecto de cohesión al interior de las FFAA y un efecto de legitimidad ante la opinión pública.

La particular construcción de la amenaza y de la creencia⁴ y la correspondiente búsqueda de cohesión a través del discurso, pueden ser ejemplificadas a través del análisis de los mensajes emitidos por los Comandantes en Jefe de cada una de las tres FFAA durante la Cena de Camaradería que se celebra el 7 de julio de cada año y a la que acuden jefes y oficiales superiores en servicio activo y militares en retiro. Por reunir a un público netamente militar y por tener amplia difusión en la prensa nacional, los discursos pronunciados en dichas fechas rituales constituyen una fuente privilegiada para analizar la situación institucional y para ilustrar la intención cohesionante de los discursos allí pronunciados y sus respectivas estrategias simbólicas. El ejercicio no constituye un esfuerzo con pretensiones exhaustivas, sino que simplemente intenta aplicar, analizando un caso concreto, algunas de las herramientas conceptuales propuestas por Verón (1987) para el análisis de *corpus* discursivos. Según este autor, aproximarse al discurso como objeto de estudio supone postular un sujeto productor (enunciador) que establece una relación con un interlocutor: a través del discurso este sujeto construye al mundo como objeto y se construye a sí mismo, por lo tanto, en tanto enunciador, *puede ser conocido a través del discurso*, por cómo se presenta a sí mismo y como responsable del conjunto de operaciones puestas en marcha a lo largo del discurso. De la misma manera, *es posible conocer a los enunciatarios* (positivos y negativos) por la representación que de ellos construye el discurso, cualificándolos en un proceso análogo al de configuración del enunciador.

CENA DE CAMARADERÍA DEL 7/7/76

⁴ Entendemos los conceptos de “amenaza” y “creencia” en las términos expuestos por De Ipola (1997), como piezas esenciales en la lógica que preside la constitución de las identidades colectivas. De esta manera, la amenaza podría ser definida como “un peligro que se cieme sobre un individuo o un grupo, peligro imputable a la acción deliberada de otro individuo o grupo”, donde “la naturaleza y la gravedad de ese peligro dependen del contenido de esa amenaza y de la capacidad de cumplir con ella por parte del “amenazador”. Ante la amenaza que la cuestiona, la identidad colectiva “reacciona y se reafirma a través de un movimiento del cual la creencia es cimiento y garante”, a partir de la cual “cada uno reconoce a los otros y es reconocido por ellos en tanto asume esa creencia”.

El discurso de Camaradería correspondiente al primer año del PRN estuvo a cargo del general Videla⁵:

“En distintos momentos de nuestra historia, las Fuerzas Armadas aceptaron todos los desafíos y asumieron todas las responsabilidades. (...) En todas las etapas decisivas del acontecer nacional, se manifestó su presencia viva y creadora y se puso de relieve su sentido nacional y solidario, sin perjuicio de sus funciones específicas.”

El enunciador construye una posición de legitimidad basada en la presencia permanente de las FFAA en los momentos claves y decisivos de la historia nacional, donde ellas aportan los valores que encarnan: “coraje, sacrificio, disposición”. Instaaura así una suerte de inmutabilidad histórica, intentando identificar el pasado de las FFAA con el presente. Éste último está signado por la necesidad de concretar dos objetivos básicos:

“Hoy, por imperio de las circunstancias, les toca el ejercicio de una desusada responsabilidad. Por una parte, deben conducir el proceso de reorganización nacional; por la otra, se hallan empeñadas en la eliminación total del enemigo subversivo.”

La misión actual para las FFAA tiene un carácter excepcional, dado por las particulares circunstancias del presente. Los objetivos tienen un doble carácter: uno positivo, la conducción del Proceso en determinada dirección, y uno negativo, la eliminación total del enemigo, definido simplemente como “subversivo”. La Reorganización Nacional es entendida como:

“(...) la recuperación de los valores esenciales de la Patria y el afianzamiento de sus instituciones a través del orden, la moral y la autenticidad. (...) Es el camino para instaurar una democracia real, sin las perturbadoras deformaciones de la demagogia y el extremismo ideológico.

Largos años de desencuentros y confusión (...) nos llevaron a una situación sin salida aparente, el estado de necesidad y la vocación de servicio patriótico impulsaron una decisión que, no queda duda alguna, se había tomado improrrogable. (...)”

La “decisión” de las FFAA se ve asociada a la percepción de una situación irreversible, sin salida. El objetivo “positivo” de la acción ante esta situación “negativa” es la conducción hacia la recuperación de los valores, el afianzamiento institucional en los mismos, y la instauración de una democracia “real”, entendida como una democracia “no deformada por la demagogia y el extremismo ideológico”. Pero semejante tarea:

“No nos arredra (...) porque advertimos un notorio espíritu de comprensión y colaboración en todos los sectores de la vida nacional. No obstante (...) la verdadera tarea recién comienza. Ella será cumplida en todas sus instancias sobre la base de la unidad y cohesión de las Fuerzas Armadas. El (...) duro sacrificio que las circunstancias nacionales imponen, es y será la norma esencial de los hombres de armas a lo largo de todo el proceso (...)”

Aquí podemos asistir a la aparición de lo que Verón llamaría un paradestinatario⁶: “todos los sectores de la vida nacional” que *comprenden* y *colaboran*. El enunciador reclama “duro sacrificio” como norma para alcanzar la meta certera y realizar la promesa de grandeza futura, en el cual se equiparan estas FFAA con las FFAA de siempre. Pero en esta coyuntura en particular, existe:

“(...) un problema central que no admite rodeos o eufemismos. Es el problema de la subversión. Mucho es lo que se ha hablado sobre este grave flagelo, pero no siempre se lo hizo con claridad y franqueza. En no pocas ocasiones la especulación demagógica y oportunista ha prevalecido sobre la verdad lisa y llana.

⁵ La Nación, 8/7/76.

⁶ Destinatario del discurso sobre el cual se pretende ejercer un efecto de persuasión.

Así es como se ha querido presentar a una conspiración contra nuestra civilización como un simple problema de disconformismo juvenil en un país con grandes desajustes. La vileza, la felonía y el crimen fueron exhibidos por algunos como meras manifestaciones del accionar ideológico. Todo fue una infame mentira contra el destino nacional: una mentira que amenazó nuestras libertades esenciales, nuestra fe y nuestro estilo de vida. Una mentira que tuvo culpables y cómplices en los más diversos ámbitos.”

El enunciador advierte aquí contra un enemigo que se desdobra: la “subversión”, que *conspira* contra nuestra civilización, y algunos “especuladores demagogos y oportunistas”, que *mienten y disfrazan* la gravedad de la subversión como un simple problema de “disconformismo juvenil”. La amenaza se construye así sobre la base de dos enemigos aliados en el engaño, los “conspiradores culpables” y los “mentirosos cómplices”. Ante ambos, el enunciador se planta en el lugar de la verdad, y los desenmascara advirtiendo sobre la verdadera naturaleza del “enemigo subversivo”:

“La subversión sirve a una causa esclavista y a una concepción que aniquila los derechos humanos. Una concepción nihilista, sin Dios, sin libertad, sin dignidad humana y sin lealtad. Una concepción donde rigen los antivaleores de la traición, la ruptura de los vínculos familiares, el crimen sacrílego, la crueldad y el engaño sistemático.”

La relación que establece el enunciador entre este “enemigo” y el “nosotros” de las FFAA es de enfrentamiento:

“Las Fuerzas Armadas ya han infligido golpes decisivos a ese enemigo solapado, demostrando su aptitud combativa, su eficiencia operacional y, por sobre todo, su coraje. Pero la lucha se dará en todos los campos, además del estrictamente militar. (...) Esta lucha, entiéndase bien, no es sólo contra algo o alguien, es (...) una lucha por valores positivos y esenciales. Es, en definitiva, la lucha en la que la República toda se halla indefectiblemente comprometida para la defensa de sus mejores esencias.”

Y el enfrentamiento adquiere un carácter *total*: es una lucha *contra todo aquello* que atenta contra los valores “positivos” y “esenciales” de la República y se da *en todos los campos* (militar, cultural, mediático, económico, político, gremial). El enemigo “solapado” *acecha*, pero tendrá que salir del cubil donde se halla *emboscado e impune* debido a la eficiencia de las FFAA y a su coraje, que ya le ha ocasionado pérdidas decisivas.

“(…) Hoy, todos los inconvenientes y dificultades (...) significan un nuevo desafío histórico. Lo asumimos, de cara al futuro, hasta el triunfo final, porque sabemos que ese será el triunfo de la auténtica democracia (...) Nada detendrá la marcha de nuestro pueblo hacia el futuro. Las Fuerzas Armadas, con su permanente sacrificio, así lo garantizan.(...)”

El enunciador pretende *alentar* a las FFAA amparadas por su aprendizaje histórico, *recordarles* el carácter sagrado del compromiso que supone la sangre derramada de los mártires, y *transformarlas* en garantes de la realización futura del pueblo argentino (con el cual son uno solo) y de la Patria, objetivo que deberán alcanzar a costa de *grandes sacrificios*, aún a costa de la pérdida de la propia vida. Las FFAA van *inexorablemente* hacia el triunfo final, hacia la “auténtica democracia”, que no es más que la promesa del inevitable triunfo de los “ideales de la Nación”.

CENA DE CAMARADERÍA DEL 7/7/77

El discurso de Camaradería del año '77 estuvo a cargo del almirante Massera⁷. El enunciador habla en nombre de una identidad “superior” e “indivisible”. Como integrantes de las FFAA, todos los enunciadores posibles *son uno*, y todos *son partícipes de la misma concepción*:

“(…) así como la tierra, el aire y el agua son una sola, una misma Patria, así el Ejército, la Fuerza Aérea y la Armada son (...) una misma pasión inteligente, organizada para defender a la República de las agresiones convencionales y de las agresiones novedosas, con que el ánimo imperial de los totalitarismos ha enriquecido el espectro de la violencia, en los días que vivimos.”

La unión de las FFAA se organiza alrededor de una misión común, la de “defender a la República” de dos tipos de agresiones: las “convencionales” (no definidas) y las “novedosas”, entendidas como expresión violenta de los “totalitarismos”.

“Se están cumpliendo los tramos finales de una lucha exitosa, contra un poder extraño y cruel (...) la violencia encontró en todo el mundo un terreno apto para desarrollarse con inusual magnitud (...) hoy el alma de los hombres se ha convertido en campo de batalla. En vías de concretarse la victoria en el terreno de las armas, queda todavía un largo camino por recorrer, y quiera Dios que no confundamos la paz con el mero silencio de los explosivos, porque entonces, sólo habríamos conseguido una tregua efímera entre aquella lucha y una nueva turbulencia ansiosa y destructiva (...).”

La lucha se encontraría en sus “tramos finales”, en “vías de concretarse” el éxito. Pero, se advierte, no hay que confundir “la paz con el mero silencio de los explosivos”, porque entonces la guerra volvería luego de una “efímera tregua”. Y es que la violencia, extendida a “todo el mundo”, ha tomado como “campo de batalla” el “alma de los hombres”. Resulta así que, a pesar de estarse concretando la victoria, con lo que la función de la defensa habría llegado a su fin, aún queda “un largo camino por recorrer”: la lucha contra el “poder extraño y cruel” no se ha agotado, ese poder se ha extendido a la totalidad del mundo, y hay que luchar por *rescatar el alma* de los hombres.

“Si todo el mundo se debate en la violencia, es porque el materialismo –dialéctico o no– está copando la libertad, y nos está sumergiendo en un universo de cosas sensoriales, en donde el espíritu tiene, cada día, un lugar más precario y lamentable (...) en los ideales dominantes de nuestro tiempo, suele haber un tremendo desprecio por la vida humana, y los místicos de la redención por las balas, o los fríos apóstoles de la penetración tecnocrática, conducen, por igual, a la masificación del individuo, entronizando un dios -destrucción o un dios-dinero (...) unos y otros están trabajando, ineludiblemente, a favor de la muerte (...).”

La causa de la gran difusión de la violencia es la acción emprendida por el “materialismo” en contra de la “libertad” (espiritual), que sumerge todo en un mundo “material/sensorial”. El desdoblamiento que realiza el enunciador del “materialismo”, que puede ser “dialéctico o no”, se superpone a otro, entre los “místicos de la redención por las balas” que adoran a un “dios-destrucción” y aquellos “fríos apóstoles de la penetración tecnocrática”, con su “dios-dinero”. Este enemigo “frío” y “tecnocrático”, “mercantilista”, que convierte a las personas en “consumidores compulsivos” *penetra* desde el exterior *y trabaja*, al igual que “los místicos de la redención por las balas” por la “muerte”: es el mercado.

“Todos sabemos que la victoria que estamos alcanzando se debe a dos factores primordiales, la unidad de las Fuerzas Armadas y la solidaridad de la ciudadanía con las Fuerzas Armadas. Pero en la medida en que vayan desapareciendo los episodios terroristas visibles tendrá que hacerse cada vez más evidente nuestra capacidad para crear un fervor de dimensión nacional (...) no ya para defendernos, sino para conquistar nuestro destino como país.”

⁷ La Nación, 8/7/77.

En este pasaje el enunciador realiza una advertencia más que clara: la “victoria” que se está alcanzando, la victoria de las armas, se debe a la cohesión interna lograda y sostenida y a la legitimidad otorgada al régimen por la ciudadanía, que reaccionó contra “el enemigo común”. Pero, una vez agotados “los episodios terroristas más visibles” que sustentaron la necesidad de la “defensa” por las armas, a las FFAA se les presentará un nuevo desafío: “crear un fervor de dimensión nacional” que permita “conquistar nuestro destino como país”, esto es, hallar nuevos criterios de legitimidad y “canalizar la energía positiva”, la “solidaridad” de la ciudadanía en objetivos “de futuro”.

“A primera vista parece improbable que se pueda reemplazar algo tan concreto como una amenaza física por algo tan poco específico, como un deseo lleno de buenas y vagas intenciones. (...) Sin embargo, los propósitos generales cobran una dimensión atractiva y convocadora, cuando se los detalla en relación con las circunstancias prácticas que hacen el destino de todos(...).”

La inquietud del enunciador parece válida: ninguna “vaga promesa” puede provocar la misma adhesión que el miedo ante la “amenaza física”. Pero el secreto está en “detallar” esos propósitos vagos y generales a fin de darles una “dimensión atractiva y convocadora”. La hora impone la necesidad de tener en claro qué hacer, y para ello se requieren parámetros doctrinarios claros, se requiere una creencia. En particular, los “jueces ajenos” que se *entrometen* en cuestiones “internas” de la República deben ser *rechazados enérgicamente*.

“Creemos en una política exterior que (...) rechace, con toda energía, la intromisión interesada de jueces ajenos en las decisiones internas de la República. Creemos en una justicia serena y libre, pero rápida y eficaz, sin fisuras legales por donde puedan escurrirse los culpables (...).”

El enunciador ensaya una crítica al rumbo económico: lo hecho no es suficiente, ya que “hay que redoblar la imaginación y la creatividad”. Define además el lugar que le corresponde a cada uno de los tres actores que, en el pasado, habían constituido la matriz del llamado Estado populista: el Estado, los empresarios y los sindicalistas. Las funciones requeridas del Estado son las de “prestar servicios” y “legislar”; los empresarios deben ser “eficientes” y “competitivos” y los sindicalistas, que deben ser “modernos y jóvenes” (no los mismos de siempre, sino “otros”), deben “defender” los derechos de los trabajadores, pero no deben buscar más alianzas que no sean las relativas al cumplimiento de su función específica.

“Creemos en que, después de haber probado las coincidencias más frágiles, los acuerdos más contradictorios y el odio más salvaje, ha quedado claro que los comicios no son un remedio: sino, en cambio, una prueba digna y profunda, que la Nación debe afrontar en las mejores condiciones de salud cívica. Creemos que el Proceso de Reorganización Nacional debe conducirnos a una democracia republicana, federal, moderna y estable(...).”

Los comicios no constituyen un “remedio” para una situación; son, en cambio, una “prueba”, para la cual la sociedad requiere haber dado pruebas de óptimas “condiciones de salud”. Esta verdad ha sido demostrada por múltiples experiencias lamentables: las “coincidencias más frágiles, los acuerdos más contradictorios” y hasta “el odio más salvaje”.

El 7 de julio de 1978, el brigadier Agosti pronunció este discurso⁸:

“(…) Por última vez asistimos a esta Cena como integrantes de la Junta Militar los Comandantes en Jefe que tomamos, en nombre de las Fuerzas Armadas, la histórica decisión de asumir el poder político de la Nación y firmar los documentos básicos del Proceso de Reorganización Nacional (…).”

La preocupación del enunciador pasa por los próximos recambios de Comandancias y por la conformación de una nueva Junta Militar. El legado básico para los sucesores es la existencia de los *Documentos Básicos del PRN*, principal sustento y punto de partida legal, y prueba fundamental de la planificación, responsabilidad y previsión del accionar de la Junta.

“A esta primera Junta Militar le cabe el honor y la responsabilidad (…) de haber modificado el desorden anterior legitimando su propia existencia al crear reglas de juego que, a partir de entonces, son piedras liminares del Proceso de Reorganización Nacional y ley suprema de la Nación (…) que ha demostrado en los hechos su valía al permitir hacer frente a una agresión armada y a dificultades sociales y económicas que heredadas del régimen anterior, eran desconocidas en la Historia Nacional.”

La Junta que se retira puede sentirse satisfecha de su “éxito”: ha restablecido el orden, ha sentado nuevas reglas de juego, ha establecido nuevos mecanismos institucionales, y todo esto la ha legitimado por haberle permitido enfrentar eficientemente la “agresión armada” y las “dificultades sociales y económicas heredadas del régimen anterior”. Pero estos triunfos se basan en ciertos criterios que han distinguido el proceso:

“El éxito del Proceso se basa en algunas premisas fundamentales que le son distintivas. No existen en él y no existirán hombres providenciales (…). Los Documentos de 1976 al prever un mecanismo de reemplazo periódico de los Comandantes en Jefe (…) asegura, al mismo tiempo, la eliminación de personalismos, la continuidad del sistema y un método para prolongar el Proceso en el tiempo (…).”

Es necesario que se eviten los “personalismos”, los “hombres providenciales”, pero la renovación periódica de hombres no implica la transformación de los principios o valores fundamentales del Proceso, que deben mantenerse “inmutables” para sostener la “irreversibilidad” de lo hecho y dotar a la acción militar de una “guía suprema”. Al mismo tiempo, es necesario que la Junta que se retira transmita a sus sucesores el saber acumulado, fruto de la experiencia en el poder, por lo que el enunciador se ve en la obligación de advertir :

“Pero es además conveniente que (…) hagamos memoria (…) para impedir el olvido y que volvamos a escuchar a quienes pretendan ofrecernos un esquema con el cual entreguemos irrestrictamente el poder a través de una salida forzada y desdorosa. (…) Es importante que quienes hemos vivido las etapas más duras del pasado reciente, transmitamos a nuestros sucesores el testimonio de esa vivencia (…). Debemos también recordar e individualizar a los responsables del caos (…).”

Todas las recomendaciones parecen estar dirigidas a evitar la entrega del poder y evitar “salidas políticas” “precipitadas”. No es momento de dejarse tentar por los “responsables del caos”. La posibilidad de recuperación del camino reside en *recomponer y hacer aflorar* los “valores primeros y esenciales del hombre argentino”, que fueron *subvertidos y olvidados*. Este largo camino no está libre

⁸ “Discursos del Comandante en Jefe de la Fuerza Aérea Argentina, Brigadier General Orlando Ramón Agosti. 1977-1978.”, págs. 43 a 50.

de obstáculos: aunque las “armas han callado”, el combate debe continuar a causa de la amenaza omnipresente, que ha sido “derrotada”, pero no “aniquilada”:

“(…) si bien las armas han callado, el enfrentamiento fundamental aún continúa. La lucha no ha terminado, por lo que nunca dejaremos de velar las armas. El enemigo ha sido derrotado pero no aniquilado. Ha trasladado su campo de acción a otras regiones del mundo, y en nuestro país cambió su frente de lucha directa por el de la penetración ideológica con lo cual se propone continuar su permanente tarea de destrucción, sembrando la confusión y el desánimo.”

En realidad, se ha producido un “corrimiento” en la figura del “enemigo”, que de “subversión interna” se ha transformado en “penetración ideológica externa”, y que ahora se manifiesta en la forma de una “campaña antiargentina” entablada desde el exterior, que intenta *destruir*, sembrando *confusión* y *desánimo*.

“La campaña de difamación de la cual es víctima nuestro país, demuestra que el enemigo sigue vigente (...) Este enfrentamiento artero y a distancia, es tan peligroso como el anterior y persigue el mismo objetivo: sumergimos en un mundo signado por el totalitarismo y la esclavitud. Pero también en este enfrentamiento triunfaremos (...).”

Esta nueva amenaza, encarnada en “líderes prófugos del terrorismo subversivo”, busca los mismos objetivos y es de una naturaleza tan peligrosa como la anterior. El enemigo encarna el *totalitarismo* y la *esclavitud*, mediante una “verborragia falsa”, de la cual hay que defenderse esencialmente con los “valores de siempre” (fe en Dios, amor a la Patria, familia, libertad, derechos humanos). La preocupación fundamental del enunciador es la de la construcción de la sociedad futura, conquistada a partir de haber “aventado el pasado”, que aparece en el horizonte de “un nuevo punto de inflexión” histórico:

“Así como Marzo de 1976 constituyó un punto de inflexión histórica que termina con una etapa política y en el cual se asume con plenitud el combate contra el terrorismo subversivo, Julio de 1978 constituye un nuevo punto de inflexión en el que, terminado el combate armado, debemos enfatizar la construcción de los fundamentos de la nueva sociedad argentina (...) Probablemente la tarea más gloriosa del Proceso de Reorganización Nacional ha terminado al finalizar la lucha armada. Pero la tarea que requiere máxima idoneidad, imaginación, coraje, espíritu de sacrificio y desprendimiento, resta por hacer. Es la tarea diaria de construir estructuras renovadas y útiles a esta nuestra querida Patria (...).”

El Proceso emprendido demuestra tener así dos etapas bien delimitadas: una, iniciada en marzo de 1976, signada por la lucha contra el “enemigo subversivo”, y otra, que comienza a partir del momento histórico de recambio de la Junta de Comandantes, que requiere como tarea ineludible la de sentar las bases sobre las que construir la “nueva sociedad”.

CENA DE CAMARADERÍA DEL 7/7/79.

El 7 de julio de 1979, el general Viola pronunció el siguiente discurso⁹:

“En la decidida marcha del Proceso (en el cumplimiento de sus) propósitos, se ha llegado a conformar un estado de orden en la mayor parte de las actividades del país. Esta situación alienta lógicas inquietudes sobre el retorno a la normalidad institucional. Y la pregunta es insoslayable: ¿cuál es la normalidad que buscamos?”

⁹ La Nación, 7/7/79.

Han sido los logros del Proceso, la llegada al “estado de orden”, lo que ha conducido a la formulación de la *pregunta que ya no se puede soslayar*: “¿cuál es la normalidad (institucional) que buscamos?”. El enunciador se concentra en la caracterización de lo que fue el sistema político del pasado, a fin de establecer una ruptura con el mismo, dado su grado de “anormalidad”:

“En las últimas décadas, el sistema político argentino fue desfigurado en su esencia democrática. (...) Es el momento de sanear definitivamente las estructuras del país, para establecer sólidas bases democráticas en las que pueda apoyarse firmemente el futuro político argentino. Y eso requiere imaginación, decisión y tiempo (...).”

La “esencia democrática” del sistema político argentino, fue “desfigurada” por algunos “culpables” durante las últimas décadas. Esa “desfiguración” o “distorsión” consistió, básicamente, en la situación de desprestigio, inoperancia y desmesura de las instituciones, que consolidaron una estructura “de anormalidad”. La tarea actual de los argentinos consiste en *sanear, normalizar* estas “deformaciones”, con “coraje”, “imaginación, decisión y tiempo”, a fin de establecer “sólidas bases democráticas”. Es necesario lograr una “efectiva normalidad institucional”, que exige a las instituciones desempeñarse con eficiencia en el rol asignado, y que los ciudadanos ejerzan sus derechos “éticamente”, con “responsabilidad” y respetando las “normas impuestas por el sistema”, inspirado por el “bien común” y el “interés general” (no por intereses particulares). Pero el desafío de hallar una solución para *el problema clave* continúa en pie. Y la responsabilidad, si bien incluye a todos, atañe principalmente a los “guías” de la sociedad:

“La normalidad institucional constituye el problema clave de la Argentina (...) es preciso (...) que todos, pero particularmente los que tienen la grave responsabilidad de guiar y orientar a los diversos sectores de la sociedad argentina, pensemos en profundidad sobre esto, apelando a todas las fuerzas del intelecto, a fin de encontrar las mejores soluciones. También es menester reflexionar y meditar sobre los hechos recientes, que ya son historia, para advertir cuál ha sido nuestro comportamiento y analizar, si es preciso, la modificación de nuestras actitudes (...).”

A estos “guías” les toca *pensar en profundidad, apelar a todas las fuerzas del intelecto* a fin de hallar las soluciones, y *reflexionar y meditar* sobre ciertos “hechos recientes”, que requieren una autocrítica al interior del elenco militar. La tensión principal que marca el discurso, a diferencia de los anteriores, se halla *al interior del colectivo de identificación*, no ya entre este colectivo y el “enemigo subversivo” o “externo”. El enunciador se coloca ahora en una posición de mayor autoridad, y habla en nombre de la Junta Militar para afirmar:

“No estamos en la búsqueda de una filosofía ni de ideas directrices. Estamos dando los pasos finales para concretar la forma en que habremos de materializar esa filosofía y esas ideas, que la nación siempre tuvo, y que los hombres y los hechos se encargaron de desvirtuar. Estamos en la tarea de modernizar las bases de una democracia entendida (sic), asumida, fuerte, estable y eficiente. La democracia a que aspiramos implica lograr, como condición previa, consenso total en los valores fundamentales que definen el estilo de vida nacional y (...) también en los medios políticos instrumentales. Ello (...) es lo que reiteradamente hemos definido como la ‘Unión Nacional’.”

El enunciador refuerza la autoridad de la Junta y *niega definitivamente* que se requieran “filosofías o ideas nuevas”, sino que la tarea consiste en concretar la forma de materialización de una “filosofía y unas ideas permanentes”; por otra parte, afirma con la misma intensidad que *se está efectivamente* en la

tarea de modernizar la democracia, “entendida” (¿), “asumida”, “fuerte”, “estable” y “eficiente”, recuperando algunos adjetivos ya expresados por otros enunciadores, pero agregando por primera vez que esta democracia *debe entenderse y asumirse*. Esta democracia requiere como condición un *consenso total*, tanto en los valores como en los instrumentos políticos para realizarla: la “Unión Nacional”. La enunciación de los principios que regirán el funcionamiento y la naturaleza del futuro sistema político, esta “efectiva normalidad institucional” es reservada a las FFAA; una vez enunciados, a la ciudadanía le quedará *asimilar*, única forma de llegar a una solución, al futuro político estable. Sin embargo, no es éste un tiempo de “apresuramientos”: el enunciador advierte que el próximo período presidencial seguramente será ejercido por un militar designado por la Junta; y las urgencias por las “salidas políticas” deberán ser descartadas, dado que el Proceso, que “requiere tiempo”, tendrá una “permanencia considerable”. El poder podrá ampliar los márgenes de la “participación”, *siempre que se constate una situación de estabilidad en los restantes campos*, con lo que la ciudadanía estaría dando muestras de su “buena voluntad” y de su capacidad de “asimilación”. El enunciador se dirigirá a continuación al colectivo de las FFAA, al que le recuerda:

“Este Proceso no puede fracasar, pues en él está comprometido el destino de la República. No tenemos dudas que debemos continuar, estrechamente cohesionados, con estricto sentido institucional, despojados de todo personalismo y ajenos a cualquier interés que no sea el servicio a la Nación. Estamos decididos a actuar con firmeza ante las presiones inoportunas y las perturbaciones interesadas. Ellas no nos desviarán del camino que debemos transitar para alcanzar los objetivos que constituyen nuestro compromiso con la Nación.”

La *cohesión* es condición necesaria para alcanzar el triunfo a fin de cumplir con el compromiso contraído con la Nación. La amenaza que pesa sobre él está conformada por “las presiones inoportunas” y “las perturbaciones interesadas”, que pretenden “desviar el camino”. Este colectivo cohesionado, por otra parte, debe dirigirse a un segundo conjunto, la ciudadanía, a fin de consolidar un “colectivo total” (la “Unión Nacional”):

“Sólo nos resta convocar a la ciudadanía para que (...) sume voluntades y se incorpore decididamente y sin desconfianzas a esta gran empresa nacional. Las Fuerzas Armadas (...) constituyen la garantía de este Proceso. Tenemos la absoluta certeza que su indestructible cohesión y su firme decisión de empeñarse hasta el último sacrificio, nos permitirá alcanzar el éxito buscado(...).”

La “Unión Nacional”, que incluye a las FFAA, a las fuerzas de seguridad restantes y a la población, demostró ser efectiva en el pasado durante la lucha contra la “agresión subversiva” o “terrorismo”. El desafío actual es, justamente, consolidar la eficacia de esta “Unión” con bases en un nuevo principio, tema de este discurso y preocupación central del enunciador: la “reconstrucción institucional”.

CONCLUSIONES

Siguiendo a Garretón (1985), los regímenes autoritarios pueden ser caracterizados por la combinación de dos dimensiones: la primera es de tipo *reactiva o defensiva* y la segunda es de tipo *transformadora o fundacional*. La dimensión *reactiva* predomina en las primeras fases de los regímenes autoritarios, coincidiendo con el momento de instalación del régimen: su núcleo es fundamentalmente el rasgo

represivo, que busca desarticular la sociedad precedente, especialmente la matriz de constitución de los sujetos sociopolíticos. La dimensión *fundacional*, que sucede a la anterior, aspira a la reorganización de la base material, de la estructura institucional y a la creación de un nuevo orden sociopolítico, a través de un intento de reconstitución de los actores políticos previamente desestructurados, y la búsqueda de una nueva matriz de construcción de identidades sociales. El peso de cada una de estas fases varía de acuerdo al período por el que atraviesa el régimen. La naturaleza, magnitud y proyección de la fase reactiva depende tanto de la percepción del grado de amenaza inicial, de la complicidad o silencio social respecto de la represión, como de la eficacia y cohesión del aparato represivo militar. Al mismo tiempo, el contenido fundacional de esta etapa depende tanto de las características del grupo dirigente como de las rasgos estructurales e históricos de cada sociedad en particular. La posibilidad de concreción y éxito de la etapa fundacional depende de la cristalización de un núcleo hegemónico o dirigente en el seno de los sectores en los que se basa el régimen, capaz de imprimir un sentido histórico por encima de los intereses faccionales contradictorios, y de la capacidad de resistencia de la sociedad civil en esas transformaciones.

En efecto, predomina en los enunciadores analizados la conceptualización del Proceso como la sucesión de dos etapas diferenciadas: la primera caracterizada por una tarea de resolución de una “grave situación”, de “caos social, económico y político” y de conjura militar de un enemigo total, el “subversivo” (podríamos decir, de anulación de la diferencia); y la segunda caracterizada por la necesidad de fundar, de crear, de imaginar, de realizar una nueva sociedad (podríamos decir, de reconstrucción del todo).

Es posible afirmar que existía en el seno de las FFAA un consenso unánime alrededor de la “lucha contra la subversión” y la definición del “enemigo subversivo” en base a ciertos valores negativos¹⁰, contrapuestos a ciertos valores positivos encarnados por la propia identidad militar¹¹. El golpe militar se había legitimado en un inicio ante la sociedad básicamente a partir del papel desempeñado en la lucha contra la “subversión”: el carácter estrictamente militar de la misma había vuelto “natural” la dirección militar. Al interior de la corporación, la construcción de un enemigo común “subversivo” se orientó a lograr umbrales mínimos de cohesión institucional, y el énfasis colocado por los distintos enunciadores en el reconocimiento de los “sacrificios” de la hora, de la “excepcionalidad de la situación”, reforzaban este efecto. Pero las FFAA pronto se ven atrapadas en su mismo discurso eficientista: el reconocimiento oficial de que la lucha contra la “subversión” está terminada evidencia que se ponía fin a una etapa

¹⁰ Entre otros: deformación, demagogia, extremismo ideológico, malos hábitos, prédicas falsas, corrupción, especulación, oportunismo, vileza, felonía, crimen, mentira, esclavitud, nihilismo, indignidad, traición, crueldad, engaño, violencia, totalitarismo, materialismo, desprecio, masificación, muerte, caos, ateísmo, destrucción, extremo, resentimiento, deslealtad, confusión, desánimo.

¹¹ Entre otros: coraje, sacrificio, vida, creación, nacionalidad, solidaridad, responsabilidad, Patria, Dios, familia, libertad, justicia, orden, moral, autenticidad, servicio, unidad, fe, eficiencia, espíritu, gloria, ejemplo, victoria, honor.

puramente militar. Desde este momento, los enunciadores comienzan a expresar la necesidad de encontrar criterios de legitimidad alternativos, y el “diálogo político” surge en primer plano como objetivo explícito del régimen. Se inicia una nueva estrategia orientada sobre todo a lograr un consenso “no militar” en la reformulación del sistema político y la presencia de las FFAA en el poder. En el discurso de las tres Fuerzas comienza a aparecer la imperiosa necesidad de definir el contenido que desea dársele a la tan promocionada “re fundación” de la sociedad, para alcanzar el “futuro de grandeza” prometido y los enunciadores se embarcan en una suerte de atribulada conversación, en la cual se lanzan advertencias y recomendaciones. Es la hora de proponer objetivos puntuales y específicos porque, una vez alcanzado el éxito militar, el fantasma del “enemigo” proyectado sobre la sociedad comenzará a diluirse y será necesario encontrar nuevos principios de legitimación. Es la hora de la “verdad” y de la incertidumbre, cuando la posibilidad de equivocarse se vuelve mayor, de allí que los enunciadores se obstinan en sujetarse fuertemente a la promesa de un “futuro inexorable de grandeza”, a los juramentos hechos sobre “la sangre de los mártires”. Sólo queda la aspiración de lo mismo que se ha negado de la manera más radical: la democracia. La apelación a este término puede ser entendida como la urgente necesidad del régimen de recomponer las mediaciones que él mismo había vulnerado, convirtiéndose en una dominación “desnuda”. La posibilidad de llegar a la democracia política traería consigo innumerables ventajas: fundamentalmente, devolver la legitimidad perdida luego del agotamiento del “recurso” de la lucha contra la subversión. Es en la postulación de esta democracia acotada, donde debemos ver no la gentil concesión de un régimen triunfante, sino su más íntima y flagrante debilidad.

La invocación a la democracia política como promesa de futuro es siempre acompañada por numerosos y variados adjetivos que la califican y que intentan distinguirla fuertemente de las características que había adquirido dicho régimen político en las décadas anteriores. Asimismo, todos los enunciadores parecen evocarla como recurso último, antecedido por una serie de “condiciones” que la ciudadanía debe cumplir previamente. Videla menciona una democracia “auténtica”, “real”, “no deformada por la demagogia y el extremismo”, y la coloca en el campo de los objetivos “positivos” del régimen, aquéllos relacionados con la construcción del futuro, opuestos al objetivo básicamente reactivo de la “lucha contra la subversión”. Pero antes de pensar concretamente en la realización de esta democracia es imprescindible lograr un “afianzamiento en los valores” (los valores nacionales, monopolio de las FFAA) y un “afianzamiento institucional en esos valores”. Massera también hace referencia a la democracia como proyecto del régimen, en este caso “republicana”, “federal”, “moderna” y “estable”, pero para concretarla la ciudadanía debe mostrar previamente “buenos síntomas de salud” cívica y moral. Sin embargo, no la descarta como forma de “recuperar” la “adhesión de la ciudadanía” que peligra luego de haberse “silenciado las armas”. De los cuatro enunciadores, Agosti parece ser el más reacio a este objetivo. Lo que más parece temer este enunciador es una “salida política apresurada”, la “entrega del poder a los responsables del caos”, y sus advertencias a los futuros integrantes de la Junta

Militar abundan en este aspecto. Agosti teme que sus sucesores no hayan aprendido la “lección” que la “historia” enseña sobre estos temas. Una primer lectura del discurso de Viola puede dar la impresión de que se está en presencia de un llamado incondicional a la “salida política”. En efecto, en el mismo abundan las referencias a la Constitución Nacional, a los partidos políticos, al “diálogo” y a la “participación responsable de la ciudadanía”. Esta impresión puede ser reforzada por la calificación de “enemigo” que el enunciador otorga a aquellos que “dudan” y que “no quieren” la democracia. Sin embargo, la condición que impone Viola a la ciudadanía como requisito es tal vez la más absoluta de todas: el consenso total, entendido como acuerdo ferviente e inequívoco alrededor de los valores y principios que encarnan las FFAA. El futuro deseado por este enunciador para la sociedad es el de un todo perfecto y sin fisuras: la “Unión Nacional”. Lo que tal vez resulte más interesante de este último discurso sea que la llamada “salida política” parece haberse convertido en un principio conflictivo al interior del régimen, que lleva a que la principal tensión en el discurso se plantee al interior de las FFAA, invocadas desde la autoridad ejercida por el enunciador a hacer “autocrítica”, y que por primera vez son cuestionadas. Como fuera mencionado, muchos autores señalan que la llamada “salida política” fue el principal eje alrededor del cual se organizaron los desacuerdos entre los “politicistas” y los “corporativistas”¹². En realidad, el verdadero enemigo para Viola es la división, el desacuerdo, las fisuras dentro de la deseada “Unión Nacional”.

En relación con el “enemigo” de las FFAA, más allá de las coincidencias básicas que se evidencian en la construcción de la figura de la “subversión”, también pueden ser visualizados una suerte de cambios o variaciones. En el caso de Videla, aparece un enemigo doble, aliado en el engaño: el “enemigo subversivo”, que “conspira”, “acecha” y “se oculta”, y la “demagogia” y el “oportunismo” que “mienten”, y lo hacen precisamente a fin de confundir sobre la verdadera naturaleza del primero. Es así que lo que amenaza es lo que se oculta, el engaño, ante lo cual el enunciador denuncia la verdad. El enfrentamiento en este caso es total, la lucha militar debe darse en todos los campos y el objetivo es la “eliminación” de la amenaza a fin de recuperar los valores nacionales. Massera, por su parte, también advierte sobre un enemigo complejo: por un lado, la violencia y la muerte de los “místicos de la redención por las balas” y, por otro, aquélla encarnada por la “fría penetración tecnocrática” que convierte a los hombres en “consumidores”, y que daña la “libertad espiritual”: el mercado. Quizá, la principal fractura que los analistas han logrado identificar dentro del aparentemente monolítico bloque militar ha sido el radical enfrentamiento entre el proyecto económico liberal de Martínez de Hoz y las aspiraciones nacionalistas, de tono desarrollista, de Massera¹³. “Materialismos” ambos, constituyen también una doble amenaza contra la “espiritualidad” que defiende el enunciador, y la batalla se entabla en “el alma de los hombres”, en el marco de un enfrentamiento de carácter mundial. Por otra parte, entre

¹² Ver Yannuzzi (1996).

¹³ Ver Rouquié (1994).

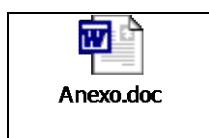
los enemigos de la Patria también deben contarse los externos, encarnados por los “jueces ajenos”, que también serán denunciados por Agosti. Este último advierte contra una suerte de transformación del enemigo, ya sugerida por Massera: la “subversión interna”, expulsada del campo militar por la “lucha antisubversiva”, ha sido “derrotada” pero no “aniquilada”; ahora opera por medio de la “penetración ideológica” en forma de la denominada “campaña antiargentina”. Al interior, el peligro es entregar el poder a los “responsables del caos” y dejarse tentar por el apresuramiento. Finalmente, el discurso de Viola marcará una novedad al respecto, ya que el conflicto principal se establecerá al interior del anteriormente “monolítico” e “indivisible” bloque militar.

Pero enunciar por un lado la promesa del “diálogo” y de la “democracia”, no constituye obstáculo alguno para, por el otro, continuar agitando la sombra “subversiva”, sobre la cual “casi se ha alcanzado” la victoria pero que, como digna oponente en una “guerra” de tal magnitud, ha adquirido “nuevas formas” y se ha extendido a nuevos ámbitos, sobre los cuales aún es posible continuar la guerra. Los distintos enunciadores, al tiempo que anuncian el éxito militar, deslizan afirmaciones relativas a la “transformación”, “extensión” y consiguiente “permanencia” del “peligro subversivo”. Ante la incertidumbre que provoca sobre el colectivo militar el desvanecimiento y derrota del enemigo, necesariamente anunciados a fin de dar cuenta de la propia eficiencia en la tarea, y ante la dificultad de definir una promesa concreta que constituya una estructura de tareas realizable y que exceda las simples invocaciones a un futuro glorioso, la palabra militar se desvive por lograr su propia recomposición alrededor de una nueva creencia que nunca llegaría. Si bien el episodio de Malvinas logró revitalizar temporalmente una identidad perdida, ésta no logró sobrevivir, nuevamente, al “silencio de las armas”.

BIBLIOGRAFÍA

- Arditi, B. (1995): “Rastreado lo político”, en *Revista de Estudios Políticos* N° 87.
- De Ipola, E. (1997): “Las cosas del creer. Creencia, lazo social y comunidad política.” Bs. As.: Ariel.
- De Ipola, E. y L. De Riz (1982): “Un juego de cartas políticas. Intelectuales y discurso autoritario en la Argentina actual.”, en Camacho, D. et al.: “*América Latina. Ideología y Cultura.*”, San José de Costa Rica: FLACSO.
- García Delgado, D. (1999): “El ascenso del neoliberalismo. Notas sobre ideología y proceso autoritario”, en Duarte Casanueva, F. (comp.): “*Argentina: pasado y presente en la construcción de la sociedad y el Estado.*”, Bs. As.: Eudeba.
- Garretón, M. (1985): “Proyecto, trayectoria y fracaso en las dictaduras del Cono Sur. Un balance.”, en Cheresky, I. y J. Chonchol (comps.): “*Crisis y transformación de los regímenes autoritarios*”, Bs. As.: Eudeba.
- Mouffe, Ch. (1999): “El retorno de lo político. Comunidad, ciudadanía, pluralismo, democracia radical.” Bs. As.: Paidós.
- O'Donnell, G. (1997): “Las fuerzas armadas y el Estado autoritario del Cono Sur de América Latina” y “Tensiones en el estado burocrático autoritario y al cuestión de la democracia”, en O'Donnell, G.: “*Contrapuntos. Ensayos escogidos sobre autoritarismo y democratización.*” Bs. As.: Paidós.
- Potash, R. (1994): “El Ejército y la política en la Argentina.” Bs. As.: Editorial Sudamericana, 4 Tomos.
- Quiroga, H. (1990): “El tiempo del Proceso. Conflictos y coincidencias entre políticos y militares. 1976-1983.”, Rosario: Editorial Fundación Ross.
- Rouquié, A. (1994): “Autoritarismos y Democracia. Estudios de Política Argentina” Bs. As.: Editorial Edicial.
- Rouquié, A. (1981): “Poder militar y sociedad política en Argentina.”. Bs. As.: Emecé Editores, 2 Tomos.
- Schmitt, C. (1984): “El concepto de lo político”, México: Folios Ediciones.
- Sidicaro, R. (1996): “El régimen autoritario de 1976: refundación frustrada y contrarrevolución exitosa”, en Quiroga, H. y C. Tcach (comps.): “*A veinte años del golpe. Con memoria democrática.*” Rosario: Homo Sapiens Editores.
- Sidicaro, R. (1985): “¿Es posible la democracia en la Argentina? En Rouquié, Alain y Jorge Schvarzer (comps.): “*¿Cómo renacen las democracias?*”. Bs. As.: Emecé Editores.
- Sigal, S. e I. Santi (1985): “Del discurso en un régimen autoritario. Un estudio comparativo.” en Cheresky, I. y J. Chonchol (comps.): “*Crisis y transformación de los regímenes autoritarios*”, Bs. As.: Eudeba.
- Sigal, S. y E. Verón (1988): “Perón o Muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista.”, Bs. As.: Hyspamérica.
- Verón, E. (1987): “La palabra adversativa”, en AAVV: “*El discurso político. Lenguajes y acontecimientos*”, Bs. As.: Hachette.
- Yannuzzi, M. del C. (1996): “Política y dictadura. Los partidos políticos y el Proceso de Reorganización Nacional. 1976-1982.” Rosario: Editorial Fundación Ross.

FUENTES: Diarios La Nación y Documento: “Discursos del Comandante en Jefe de la Fuerza Aérea Argentina, Brigadier General O. R. Agosti. 1977-1978.”, págs. 43 a 50.



(N DEL E), ANEXO DE FUENTES: